



Madrid 16 de Febrero de 1862.

SUMARIO. ARTICULOS.—Gravitacion universal, por don Juan Cuesta.—Los Trovadores, por don José S. Biedma.—Un grano de trigo que produce mil espigas, por doña Angela Grassi.—Bellas Artes, por don Pedro de Vera.—Los huéspedes importunos, por B.

GRABADOS. El Trovador.—El Hospital.—Las bellas Artes.

LICEO DE LOS NIÑOS.

V.

GRAVITACION UNIVERSAL.

PARA comprender mas fácilmente lo que debe entenderse por gravitacion universal, séanos lícito retrotraernos á lo que dijimos en nuestro anterior artículo al hablar de la fuerza de atraccion, que residiendo en el centro de la tierra llama hácia sí á todos los cuerpos que entran á componerla. Aquella fuerza de atraccion no afecta solamente á los objetos que

2.^a SÉRIE.—Tomo I.

se hallan en la superficie del globo; se estienen tambien al aire, á las nubes y á todo lo que constituye la atmósfera; y aunque mas debilitada á medida que se separa de su centro, no por eso deja de alcanzar su influencia á la luna, al sol y hasta á las estrellas mas remotas del firmamento.

Tan prodigioso alcance seria la ruina de nuestro pobre planeta si la inmensa sabiduría del Eterno no hubiese dotado á los demas astros de iguales facultades; pues si solo la tierra poseyese la propiedad de atraer los cuerpos á su centro, la luna se hubiera ya precipitado sobre nosotros, y tras ella hubieran venido los demas cuerpos celestes, y el universo entero, perdido su equilibrio, hubiera vuelto

NÚM. 6.^o

al primitivo caos del que no es posible á la inteligencia humana formar la mas remota idea.

Dotados, pues, todos los astros de una fuerza de atraccion idéntica á la de la tierra, todos á la vez se ven solicitados por los restantes con mas ó menos energía, segun sus respectivas distancias; todos á la vez quisieran absorberse los unos á los otros; todos á la vez quisieran precipitarse sobre sus vecinos, siendo el resultado de esta multitud de fuerzas encontradas el maravilloso equilibrio en que permanecen en medio del espacio, equilibrio que no se pierde á pesar del continuo movimiento en que oscilan desde el principio sin confundirse ni chocarse.

Una duda tan solo resta desvanecer. Si todos los astros están dotados de esta fuerza de atraccion hácia su centro, si todos se sienten á la par solicitados por los que les rodean; se comprende bien que no puedan confundirse ni chocarse, pero cuesta no poco trabajo creer que puedan moverse en medio de esa sujecion que los encadena y hace permanecer en equilibrio; y sin embargo, nada mas fácil de hacer patente por medio de un ejemplo.

Coloquemos en medio de una plaza un globo de papel suspendido en el aire por cuatro cuerdas, que atarémolas á los balcones de las cuatro esquinas. Pongamos bien tirantes estas cuerdas para que el globo suba hasta ponerse á la altura de los balcones: si las cuerdas están igualmente templadas, el globo permanecerá en reposo, pues si bien cada una de las cuerdas solicita llevárselo hácia su ángulo, no puede aproximarse á una sin alejarse de la contraria, y el globo aparecerá fijo é inmóvil como si estuviese clavado en el aire.

Pero si estas cuerdas fuesen desiguales ó no sujetasen el globo con igual fuerza, la mas templada se lo llevaria consigo hasta donde lo permitiese su contraria, que á su vez volveria á atraerle cuando hubiese dado de sí todo lo posible. Si además de esto, los balcones á que hemos sujetado las cuerdas, en vez de ser puntos fijos é inmóviles fuesen otros tantos globos, sujetos á su vez por otras cuerdas á otra série de cuerpos de igual naturaleza infi-

nitos en número, como lo son las estrellas del cielo, no tendremos dificultad en concebir que sin perder ese universal equilibrio puedan moverse todos juntos sin confundirse ni enredarse; pues que ninguno puede romper los lazos con que la mano de Dios los sujetára mutuamente, ni dejar de obedecer á ese continuo tira y afloja de la atraccion mútua que arrastra á los unos en pos de los otros, sin alejarse ni acercarse mas que lo que permiten sus recíprocas influencias.

Todos marchan, pues, en armonía por el anchuroso espacio; todos ellos oscilan en su órbita hasta donde es lícito á sus fuerzas; y como el espacio es infinito, nunca corren el riesgo de acabar la jornada; antes bien, siempre se encuentran en la mitad del camino.

¡Maravilloso prodigio que apenas se atreve á vislumbrar la inteligencia humana! Magnífico misterio el de ese espacio infinito por el que puede marchar eternamente la creacion entera, ocupando siempre un lugar nuevo sin acercarse á sus límites, y en cuya comparacion no son nada el sol ni las estrellas, ni la inmensa distancia que nos separa de esos remotos astros que la vista apenas alcanza á descubrir en el cielo. Misterio magnífico que vemos y no comprendemos; que no necesita de la fé ni de las revelaciones, porque lo tenemos delante de los ojos, y sin poder dudar de su existencia nos obliga á postrarnos de rodillas ante el autor de tan divina obra.

¡Gloria infinita al artífice de tanta maravilla! Si levantamos estatuas á los hombres que descuellan por las fútiles creaciones de su génio, ó dedicamos un lugar en la historia á la memoria de sus hazañas; consagremos todas nuestras obras al que es principio y fin de todo lo creado, y hagamos todo lo posible por llegar á conocerle de cerca, vivir eternamente á su lado, y oír de su divina boca la explicacion de tantos prodigios.

JUAN CUESTA.



LOS TROVADORES.

Era una noche tempestuosa. El huracan silbando entre las ramas de los árboles, y la lluvia desgajándose á torrentes sobre la tierra, apenas dejaban dar un paso á dos hombres que caminaban por un espeso bosque, buscando un lugar donde guarecerse, que no podían hallar tan fácilmente, no obstante toda la priesa con que se dirigían á un sitio sin duda conocido.

La serenidad de sus rostros indicaba estar avezados á los sufrimientos, y la alegría con que se animaban mutuamente, que se amaban con esa ternura que solo es concedida á los corazones privilegiados. Si algun asomo de temor se veía en su rostro, era cuando se presentaba algun mal paso, que el anciano temía no pudiera vencer el jóven, y que éste á su vez recelaba no pudiera dominar el anciano.

Pero vencido este obstáculo, ambos continuaban alegres su camino, desafiando al viento y la tempestad, y hasta cantando á veces al compás de la horrisona música de la embravecida naturaleza.

El uno era un anciano, que aunque encorvado bajo el peso de los años, no dejaba de conservar alguna hermosura, en particular ese aspecto varonil y grave, corona de la edad madura y que embellece al hombre dando una idea de la grandeza y sublimidad de sus pensamientos. El otro, tierno jóven de blondos cabellos, se hallaba adornado de esa belleza femenil que tanto agrada en la juventud y que revela la delicadeza de sensibilidad, que bien dirigida puede hacer capaz al hombre de acometer y llevar á cabo las mayores empresas. Eran ambos padre é hijo, y parecíanse por lo tanto como se parece el árbol caído al tierno renuevo á que ha dado la vida y que pronto le dará su sombra.

Después de un largo camino, mojados y llenos de lodo, llegaron á una casa de extraña figura, que pudiéramos denominar castillo, y que en aquella época merecía semejante nombre, aunque por cierto no podría llevarle en la nuestra.

Llamaron, y á pesar de lo crudo de la noche, les hicieron aguardar largo rato antes de que les salieran á preguntar quiénes eran ó qué querían.

Después de haber llenado esta formalidad, les abrieron, aunque á disgusto la puerta, sometiéndose á las leyes de la hospitalidad tan respetadas en la edad media. Acogidos en una especie de cuerpo de guardia, los dos trovadores se acurrucaron en silencio en un rincón, sin hablar ni murmurar, sometiéndose sin duda á las costumbres de la época, que no trataba muy bien por cierto á su profesion.

Pero los hombres ó soldados que se hallaban en aquel lugar no parecieron muy satisfechos con su conducta, y les obligaron á tocar sus instrumentos y á cantar sus trovas, que eran la historia de aquella época, y que se referían tan pronto á las costumbres domésticas, como á los hechos de los hombres, que después el tiempo ha consagrado con el sello de la inmortalidad.

Tocaba el anciano un arpa con admirable destreza, y le acompañaba el jóven en un laud con no tanta perfeccion, pero en cambio su voz angelical compensaba los defectos que le hacia cometer su falta de práctica. Mas apenas habían acabado su primera cancion, y cuando parecían disponerse á comenzar la segunda, se presentó una dueña, mandándoles entrar en el interior de la casa.

Hicieronlo sin replicar aquellos dos hombres, nacidos sin duda para obedecer, y no tardaron en encontrarse en un vasto salon, alumbrado por el fuego de una grande chimenea. Allí un señor, mas robusto que airoso, se hallaba medio echado en una alta y ancha silla de madera, y enfrente una señora, que parecia su mujer,

estaba sentada en otra silla igual, hallándose á su lado una jóven bellísima, que miraba no sin temor y respeto ora á su padre, ya á su madre, no atreviéndose á pronunciar palabra. La jóven, sin embargo, era quien en la apariencia había influido en la entrada de los trovadores hasta aquel lugar privilegiado, y que no podían pisar mas que las personas de la familia ó los individuos de ciertas razas.

—Canta! dijo el señor al verlos, sin dejarles un momento para descansar.

El anciano, después de recorrer las cuerdas de su arpa, comenzó á tocar una melodiosa sonata, á que acompañó el jóven con su dulce voz. Pero el señor frunció las cejas apenas sus palabras hirieron sus oídos, pues cantaban una trova de amor que no era por cierto muy de su gusto.

—Canta otra cosa! dijo.



El Trovador.

Y ellos obedecieron comenzando un cántico guerrero; mas el jóven, que no apartaba sus ojos de la doncella, daba tal acento y tal dulzura á las modulaciones de su voz, que el señor volvió á incomodarse, pareciéndole que aquel tono no era propio de una canción guerrera.

—Canta otra cosa! dijo, encolerizado ya.

Entonces el anciano preludió un canto religioso, que entonó el jóven con el mismo acento, con la misma gracia y con la misma ternura. Parecía que una fuerza irresistible daba á su voz unos sonidos de que él no podía privarla.

Levantóse el señor fuera de sí y dijo al anciano:

—Mal enseñado tienes á tu hijo, no sirve mas que para corromper á las mujeres; llévatele de mi presencia y no vuelvas á parecer por mi casa.

En aquel momento la tempestad redoblaba su fuerza, y parecía que el castillo se iba á venir abajo como un árbol arrancado por el huracán. El anciano le miró con ojos suplicantes.

—Llévatele en seguida, continuó, llévatele en seguida. Mi hija Isabel no debe oír semejantes acentos.

El anciano obedeció sin contestar, pero abrazando á su hijo:

—Pobre Macías! exclamó, pobre Macías!

Y desapareció con él entre la luz de los relámpagos.

JOSE SANCHEZ BIEDMA.

UN GRANO DE TRIGO QUE PRODUCE MIL ESPIGAS.

I.

Hacia fines del siglo XVIII, y en una hermosa mañana del mes de Junio, una mujer salió furtivamente de las Tullerías, llevando el rostro cubierto con un ligero antifaz, cosa que hubiera llamado vivamente la atención de los transeúntes, sino hubiesen estado cerradas todas las tiendas y completamente desiertas las calles. París dormía aun, y los hermosos rayos del sol naciente, deslizándose al través de la neblina, no bastaban á despertar á sus habitantes, fatigados de los combates de la víspera, sostenidos por los unos contra sus desbordadas pasiones, y por los otros contra la escuálida miseria.

La desconocida subió en un coche sin armas que la estaba aguardando junto á una puerta escusada del palacio, aunque bien se conocía que era dama principal, por el lujo de su traje, por la nobleza de sus ademanes, y por el tono de majestad con que gritó al cochero:

—Al Hotel Dieu.

¿Qué es lo que podía haberla impulsado á abandonar tan temprano su lecho de mullidas plumas? Piadoso debía ser su objeto, si había de conjeturarse por el lugar adonde quería ser conducida, y sin duda era aquel su paseo cotidiano, porque la superiora de las hermanas de la caridad, que la recibió al penetrar en el sagrado asilo de la desventura, la dijo sonriendo:

—Bendita seas, señora, porque ni un solo día faltais á vuestra piadosa visita!.. Y sin embargo, quizás habreis dejado el baile muy tarde....

—Qué sabeis vos, hermana? contestó la desconocida.

—He oído decir que esta noche había baile en las Tullerías, ¿y cómo era posible que dejase de concurrir á él una noble dama como vos?

—Qué sabeis si soy noble? Siempre con vuestra curiosidad, hermana... Os sorprende que me permitan entrar con antifaz, y anhelais descubrir mi rostro!.. Pero no echeis en olvido que la curiosidad es un pecado.

La desconocida pronunció estas palabras medio en chanza y medio con imperiosa severidad.

La hermana se sonrojó.

—Oh! sí señora, lo sé, dijo luego tímidamente, sé que hago mal... pero confieso que al veros reclinada sobre el lecho de los enfermos, arreglándoos la ropa ó dándoos por vuestra misma mano la tisana salvadora, al ver la tierna solicitud con que les prodigais auxilios, aunque su enfermedad sea repugnante; al oiros, sobre todo, murmurar en sus oídos esas dulces palabras de consuelo, que les vuelven la esperanza, confieso que deseo vivamente admirar vuestro rostro, que debe ser tan hermoso como el alma á la cual sirve de espejo, y conocer vuestro nombre para bendecirle con fervido entusiasmo.

—Han entrado muchos enfermos desde ayer? interrumpió la dama, cuya modestia sin duda sufría con aquellos elogios.

—Ah señora! en este valle de amarguras, ¿cómo quereis que nunca esté desierto el asilo que las cobija?

Empecemos, pues, nuestra visita.

Cuanto había dicho la hermana de la desconocida, estaba aun muy lejos de acercarse á la realidad, y bien lo demostraba el coro de bendiciones que la seguía por todas partes. Junto al lecho de los enfermos, aquella voz enérgica se dulcificaba hasta lo infinito, aquel ademan algun tanto altivo se convertía en un ademan tan dulce y afectuoso, que era imposible verla y no sentirse conmovidos hasta lo mas íntimo del alma.

De una en otra, llegó á la cama donde yacía un jóven, casi un adolescente.

Este tenía un verdadero rostro de ángel, por la

perfecta belleza de sus facciones y por la dulce y melancólica espresion de su fisonomía.

La dama se conmovió al verle, y no sé que grito del alma la reveló que allí había otro dolor mas acerbo que el dolor fisico, al cual debia aplicar sus bálsamos de consuelo.

En efecto, el jovencillo estaba recostado en la almohada, y por sus pálidas mejillas corrían dos arroyos de lágrimas.

—Por qué llorais? le preguntó vivamente la desconocida.

—Ah, señora! exclamó el infeliz sollozando, porque voy á perder la luz de los ojos, y ya no me será dado contemplar la blanca cabellera de mis padres!...

—Son pobres?

—Son honrados artesanos que hallan el bienestar en su trabajo.

—Cómo, pues, os han conducido aquí?

—Ellos! mis buenos padres! Oh, Dios mio!..... Si ellos supieran que estoy en el hospital, solo, enfermo, abandonado!...

—En dónde se hallan, pues?

—En Veau, lugarcillo de Picardía. Mi padre es te-

jedor, mi madre y mis hermanas hacen encajes.... Oh, tranquilas veladas de mi infancia!... Oh, dulces horas que pasaba estudiando junto al hogar, mientras mis hermanitas trabajaban, y trabajando cantaban en coro las canciones del pais... ¡Oh mi bosque de pinos, en donde iba á coger pájaros y mariposas.... mi hermoso rio sembrado de flores.... severo campanario de mi aldea.... Oh, mis tiernos compañeros!... Oh padres, padres míos, que jamás volveré á veros!... Jamás, jamás!... Ni hogar, ni bosque, ni rio, ni campanario!... Jamás, ¡ay desdichado!....

Y el jovencillo cubriéndose el rostro con las manos se puso á sollozar amargamente.

—Pero porqué habeis venido á París? preguntó la dama conmovida.

—Por qué? Mi afición al estudio me ha perdido!

Y además deseaba ser algo en el mundo, algo que sirviese de beneficio á todos!... Este afán hizo, que sin auxilio de nadie, aprendiese á leer y á escribir correctamente.

Mis padres llenos de orgullo, por lo que ellos llama-

maban mi precoz talento, confiaron mi educación á los PP. Premostatenses, los cuales por desgracia se prendaron tanto de mí, que se empeñaron en que viniese á París para concluir aquí mis estudios.

Oh, señora, con cuánto ardor trabajaron mis hermanas para completar mi modesto equipaje! Con qué alegría mi santa madre puso en mi baul todos aquellos objetos venerables, que habían pasado como una sagrada herencia de padres á hijos!...

El reloj de plata de mi visabuelo, la sortija de esmeraldas de mi abuela, la pila de agua bendita de marfil, que mi tío el marino le había regalado el día de su casamiento!... Y mientras mi padre colocaba entre mis camisas una bolsa de cuero llena de mon-

edas de oro, fruto de treinta años de economías, mi buena madre deslizó en mis manos un bolsillito de seda verde!.... Eran sus pequeños ahorros, los pequeños ahorros de mis pobres hermanitas!.... Oh, Dios mio! Dios mio, todo perdido, todo!...

—Pero cómo?

—Venía recomendado á un tal Mr. Dumond, y quiso mi desdicha,

que cuando yo llegué estuviese en el campo.

Aguardando su vuelta, me instalé en una posada. Estaba tan acostumbrado á la vida de familia, que esta inmensa ciudad, en donde van y vienen tantas gentes que ni se conocen ni se aman, me llenaba de tristeza. Una tarde estaba sentado en el Puente nuevo, y os lo confieso, lloraba...

Pasó un joven de mi misma edad, me miró y vino á sentarse á mi lado... Ay, yo tenia tanta necesidad de hablar de mis viejos padres, de mis tiernas hermanas, de mi pintoresca aldea!...

Yo no sé cómo se hizo, pero cuando nos levantamos éramos ya muy amigos.

—Mirad, me dijo el joven, yo tambien tengo madre y hermanas. Venid á mi casa: ya que estais lejos de vuestra familia, nosotros la reemplazaremos...

—Incauto! exclamó la dama con creciente interés.

—Después que salí de la posada con mi nuevo amigo, que se empeñó en llevar él mismo mi baul, apenas puedo dar cuenta de lo que me sucedió. Llegamos á un callejon solitario... era ya de noche...



El Hospital.

De pronto sentí que me arrojaban á los ojos una cosa que me causó un dolor muy violento, y creo que caí desmayado al suelo...

—Aquí lo trajeron moribundo, añadió la hermana, y es tan horrible la influencia que le produjo el vitriolo, que el médico tiene muy pocas esperanzas...

—Pero hay algunas? exclamó la dama.

—Dios todo lo puede, señora!

—Dios! oh, sí, Dios, amparo de los débiles, invisible protector de la inocencia!.. Dios hará el milagro!.. Alentad, pobre niño!.. No en vano él me ha conducido al borde de vuestro lecho!.. Buscaremos al ladron....

—Ay! qué me importa, si ya no podré recobrar las sagradas reliquias de mis antepasados!..

—Quién sabe!.. tranquilizáos... no lloreis...

—¿Y cómo, señora, si tengo el corazon lleno de lágrimas?

—Cuál es vuestro nombre?

—Valentin Hüy.

—Pues bien, Valentin, añadió la dama estrechándole afectuosamente las manos, os suplico que tengais valor...

Y quiso alejarse, pero el jóvencillo la detuvo.

—Señora, dijo, yo tambien quisiera saber vuestro nombre y bendecirlo.

La hermana se acercó vivamente para oír, pero la desconocida se alejó diciendo:

—Llamadme vuestra madre!

Al cabo de una hora, y con no poca sorpresa de la hermana, el mas afamado médico de París vino á instalarse junto á Valentin, para prodigarle todos los auxilios de su ciencia.

Como habia dicho la noble dama, Dios hizo un milagro, y el enfermo empezó á experimentar un notable alivio.

Durante un mes, ni el doctor ni la desconocida faltaron ni una sola vez á su cotidiana visita, y no obstante la hermana, no habia podido hallar la solucion de aquel extraño enigma.

La casualidad vino en su auxilio.

Un dia, despues de haberse marchado la dama, Valentin encontró sobre su almohada un pañuelo blanco.

La hermana lo cogió con avidez y buscó la cifra.

—Cielos! exclamó... lo habia sospechado!.. La corona real... María Antonieta!..

—La reina!.. balbuceó Valentin arrancándola el pañuelo y besándolo con religioso entusiasmo.

Al dia siguiente, el doctor dijo que ya se podia levantar el apósito que cubria los ojos del enfermo, pero que para ejecutar tranquilamente su operacion, queria trasladarle á su propia casa.

Hízose así, pero cuál fué el asombro de Valentin cuando le quitaron la venda, al hallarse en un aposento ricamente amueblado, y al ver en un rincon su

viejo cofre, abierto é intacto, y pendientes de la pared el reloj de su abuelo y la pila de agua bendita.

El jóven dió un grito y ereyó que soñaba.

—Aun os espera otra sorpresa, dijo el doctor sonriendo, ¿quisiérais ver á vuestra familia?

Aun no habia tenido tiempo Valentin para pronunciar una palabra, cuando su padre, su madre y sus tres hermanitas, corrieron á arrojarle entre sus brazos.

Oh! cuán dulce, cuán conmovedora fué la escena que tuvo lugar entre aquellos felices seres!

—Mi mision ha concluido, dijo el doctor enjugándose á hurtadillas una lágrima. Tomad este nombramiento, que os asegura una plaza importante en las oficinas de negocios extranjeros. Vuestra bienhechora solo os pide en prenda de gratitud, que jamás intenteis indagar su nombre...

Y se alejó.

Valentin esperó á que se estinguiese el rumor de sus pisadas, luego sacó de su pecho un pañuelo, y cayendo de rodillas, lo cubrió de lágrimas y besos.

(Se concluirá.)

ANGELA GRASSI.

BELLAS ARTES.

Las bellas artes son el espejo en que se refleja la fisonomía de los pueblos: segun estos las han despreciado ó cultivado, así los vemos en las diferentes épocas de su historia encorvados bajo el peso de la barbarie, ó enaltecidos con los beneficios de la civilizacion.

El cultivo de las artes es de un precio inapreciable para las naciones, pues además de ser el termómetro que marca su grandeza ó decadencia, sirve para perpetuar su memoria á las generaciones futuras.

La prosperidad de las bellas artes demuestra el progreso intelectual y material de los Estados, pues sin los grandes elementos del saber y la riqueza reunidos, no es posible que prosperen aquellas. Necesitan tambien de los beneficios de la paz y de la proteccion de los poderosos. La historia registra en sus anales los nombres de sus protectores, al paso que anatematiza los de los conquistadores ó hombres de Estado que no han respetado las obras del génio.

Las artes abren nuevos canales á la riqueza pública, y contribuyen á estrechar las relaciones y la estimacion recíproca de unos pueblos con otros, haciendo desaparecer las barreras que los dividen.

El arte es cosmopolita: un artista es bien recibido en todas partes, y con tal que tenga génio y ta-

lento no se le pregunta dónde ha nacido ni de dónde viene : todos los pueblos civilizados se disputan á porfía el concederle carta de naturaleza.

Si consideramos que los hombres han sentido en todos tiempos la necesidad imperiosa de adornar con magníficas decoraciones los templos y los monumentos públicos, de conservar en sus habitaciones los retratos de sus antepasados ó las pinturas de hechos memorables de ejemplos de virtud, no podremos me-

el Celeste Imperio la pintura, la escultura y la música.

En Europa, el espíritu es mas vivo, el cuerpo mejor formado y lleva el sello de una noble armonía: en esto se conoce la influencia de las artes, que dejan por donde pasan la huella de su afición á todo lo bello, y de sus tendencias á la perfección, porque las artes, no sola procuran imitar á la naturaleza en sus bellas creaciones, sino realzarla y sobrepujarla : por



Las bellas Artes.

mos de convenir en que los períodos de la grandeza de las naciones se pueden graduar por el número de los artistas que han producido.

La Grecia fué pobre antes de que en ella floreciesen las artes; con su cultivo se hizo rica y poderosa. La Francia misma, en nuestros tiempos, á pesar de sus revoluciones, debe principalmente á los artistas la influencia que ejerce en Europa.

Las artes contribuyen también á la belleza moral del hombre no menos que á la física. El género humano ha ostentado mejores cualidades en los países donde mas han prosperado las artes. Los chinos son tan poco recomendables en su persona, como en su talento, y esto no nos parecerá extraño, al contemplar el estado de decadencia en que se encuentran en

eso se llaman *Bellas Artes*, porque representan lo mas bello de la naturaleza, y *Artes liberales* porque se ejercen libremente en todos los países.

Se llaman **BELLAS ARTES** la Pintura, la Música, la Arquitectura, la Poesía, la Escultura y el Baile: se denominan **NOBLES ARTES** la Pintura, la Escultura y la Arquitectura, y también el Grabado, aunque este es arte de imitación: llámanse así porque ennoblecen al que las cultiva.

Los que las profesan se llaman *artistas*, nombre que se da impropriamente á los *artífices*, que son los que ejercen oficios inmediatos á las nobles artes, como platero y otros: los que se ejercitan en oficios mecánicos, como el carpintero, el herrero, se llaman *artesanos*.

PEDRO DE VERA.

LOS HUÉSPEDES IMPORTUNOS.

Cuento de Grimm.

En una ocasion dijo un gallo á una gallina.

—Ya es la estacion de las nueces, es necesario ir á la costa antes que las coja todas la ardilla.

—Escelente idea, respondió la gallina, partamos, pues; nos divertiremos mucho.

Fueron juntos á la costa, donde permanecieron hasta la noche. Entonces ora por vanidad, ya porque habian comido demasiado, no quisieron volver á pié á su casa, y el gallo se vió obligado á hacer un carrito con cáscaras de nuez. Cuando todo estuvo arreglado se sentó dentro la gallina y mandó al gallo que se enganchara á la lanza.

—Quién créas que soy yo? la respondió el gallo; mejor quiero volver á pié que engancharme como una yegua: no, eso no entra en nuestro convenio; en un caso haré de cochero y me sentaré en el pescante; pero arrastrar un coche? Cá! eso no lo haré yo nunca.

Mientras disputaban de esta manera, comenzó á gritar un ánade.

—Ah! ladrones, quién os ha dado permiso para estar bajo mis nogales, esperad? Yo os arreglaré!

Y se precipitó con el pico abierto sobre el gallo. Pero éste volviendo las tornas sacudió bien al ánade, la puso el cuerpo como nuevo á picotazos, de modo que se dió por vencida y se dejó enganchar en el carruaje en castigo de su temeridad. El gallo se sentó en el pescante para conducir el carro, que lanzó á la carrera gritando:

—Al galope, ánade, al galope!

Cuando habian andado ya un gran trecho del camino encontraron dos viajeros que iban á pié; eran un alfiler y una aguja, que les gritaron:

—Alto, alto! Bien pronto, les dijeron, será de noche y no podremos andar mas, porque el camino está lleno de barro y nos hemos detenido bebiendo cerveza á la puerta de la posada del Sastre, por lo que os suplicamos nos dejeis subir hasta la primera posada.

El gallo, en atencion á la flaqueza de los recién llegados, y del poco lugar que por consiguiente ocuparían, accedió á recibirlos, pero á condicion de que no pinchasen á nadie.

Por la noche, ya muy tarde, llegaron á una posada, y como no querian esponsorarse pasándola en el camino, y estaba el ánade muy cansada, decidieron entrar. El posadero puso en un principio muchas dificultades. La casa estaba llena de gente, y los nue-

vos viajeros no le parecian de una condicion muy elevada, pero al fin vencido por sus buenas palabras y por la promesa que le hicieron de dejarle el huevo que acababa de poner la gallina en el camino, y aun el ánade, que ponía uno todos los días, accedió á recibirlos por aquella noche. Se hicieron servir á cuerpo de rey y la pasaron de broma.

A la mañana siguiente al apuntar el día, cuando todos dormian aun, despertó el gallo á la gallina, y rompiendo el huevo á picotazos se le comieron entre los dos y echaron las cáscaras en la ceniza; fueron en seguida á coger la aguja, que dormia todavía, y tomándola por el ojo la pusieron en el sillón del posadero, haciendo lo mismo con el alfiler, que prendieron en la tohalla; despues se salieron volando por la ventana. El ánade, que se habia quedado en el corral para dormir á cielo raso, se levantó al oírlos pasar, y metiéndose por un arroyo que pasaba por debajo de la pared, salió mucho mas pronto que habia entrado la noche anterior cuando venia corriendo la posta.

A las dos horas, poco mas ó menos, se levantó de la cama el posadero, y despues de haberse lavado cogió la tohalla para secarse; pero se arañó el rostro con el alfiler, que le hizo una señal encarnada que le cogía de oreja á oreja. Bajó en seguida á la cocina para encender la pipa, pero al soplar la lumbre le saltaron á los ojos los restos de la cáscara del huevo.

—Todo conspira hoy contra mí—se dijo á sí mismo, y se dejó caer disgustado en su ancho sillón; mas pronto se levantó dando gritos, pues la aguja se le habia clavado hasta mas de la mitad, y no en la cara. Este último acontecimiento acabó de exasperarle; sus sospechas cayeron en el acto en los viajeros que habia recibido la noche anterior; y en efecto, cuando fué á ver lo que se hacian, habian desaparecido. Entonces juró no volver á recibir en su casa en lo futuro á ninguno de esos huéspedes importunos, que hacen mucho gasto, no pagan, y no contentos aun, suelen jugar alguna mala pasada.

(Traducido del original aleman.)

B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42